

ANEXO n° 7

LA CASA COMÚN Y LA VIDA RELIGIOSA

Birgit WEILER, MMS, Pontificia Universidad Católica del Perú

1. La casa común, una imagen inspiradora y desafiante en tiempos de crisis climática

La encíclica del papa Francisco *Laudato si* (LS) nos anima a comprometernos, inspirados por la fe cristiana, en «**el cuidado de la casa común**». La imagen de la tierra como nuestra casa común nos recuerda que se trata de un espacio cohabitado por las personas de muchos pueblos y culturas. Y por los otros seres vivientes en su gran diversidad.

Vale recordar aquí que en la comprensión de los pueblos originarios no existe la «materia muerta», sino que todo tiene vida porque está lleno de energía. Urge que en esta casa común aprendamos a convivir en relaciones de respeto y cuidado mutuo, ya que la casa está cada vez más amenazada en su existencia por los graves daños que le hemos causado a ella y al tejido de vida diversa que la sostiene. Estos daños se manifiestan con una fuerza cada vez mayor en el cambio climático, causado por el ser humano.

El cambio climático «está provocando una disrupción peligrosa y generalizada en la naturaleza y está afectando la vida de miles de millones de personas en todo el mundo. Eso vale, sobre todo, para las personas en condiciones de pobreza gran vulnerabilidad. Como afirma de modo profético el documento final del Sínodo amazónico (2019): «Ante la situación apremiante del planeta y de la Amazonía, la ecología integral [...] es el único camino posible, pues no hay otra senda viable para salvar la región» y, se puede añadir, la tierra como espacio habitable. La «casa común» es por tanto una imagen inspiradora para motivar el compromiso común de todas las personas de buena voluntad por una ecología integral.

Pues, como su nombre lo indica, dicha ecología integra ecología ambiental, humana, social y cultural; ella fortalece nuestra conciencia de que en nuestro mundo «todo está conectado» (LS 16 y otros), tanto en sus sinergias positivas que generan y mantienen la vida como también en las sinergias negativas que se refuerzan mutuamente en sus impactos dañinos para la vida. La ecología integral nos ayuda a comprender que existe una estrecha relación entre la «naturaleza» en los diferentes espacios y la «*sociedad que la habita*» (LS 139). Pues, «*estamos incluidos en ella [la naturaleza], somos parte de ella y estamos interpenetrados*» (LS 139). Por esta razón no estamos sufriendo dos crisis separadas, «*una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental*» (LS 139).

Esta realidad demanda un cuidado integral de nuestras relaciones en sus diferentes dimensiones. La grave crisis ecológica, el creciente sobrecalentamiento de nuestra tierra y el cambio



climático que en la actualidad ya es una aguda crisis climática y amenaza la existencia de nuestra casa común, reclaman una conversión ecológica integral. Ésta, para ser duradera, necesita ser a la vez una conversión comunitaria. Nos llama también a revisar a fondo nuestra relación con la tierra y la naturaleza, en concreto con el espacio que habitamos. Eso es imprescindible para vivir una auténtica conversión hacia una ecología integral. En esta conversión, es importante el desarrollo de la capacidad de percibir y contemplar la belleza.

2. Contemplar la belleza y amarla (LS 215): una necesaria transformación de nuestra relación con el espacio y sus habitantes

La belleza, y su sinónimo hermosura, es una de las palabras más usadas en la encíclica *Laudato Si*. Tiene «una connotación antropológica y ética clara» (LS 150). Belleza se refiere aquí no sólo a los aspectos físicos y estéticos sino también a la belleza interior de una persona. En el lenguaje común hablamos, por ejemplo, de una bella persona, aludiendo a sus cualidades humanas y a la belleza de las palabras y los gestos de las personas.

La percepción de la belleza va de la mano con el asombro, la admiración y el respeto. La contemplación de lo bello nos impulsa a salir de nosotros mismos y de nuestros intereses egocéntricos, y nos abre al aprecio de la belleza en las otras personas y en las múltiples manifestaciones de la vida en su gran diversidad. Nos ayuda a reconocer el valor intrínseco de los otros seres vivos que no existen únicamente para los seres humanos y nos libera de un «*antropocentrismo despótico*» (LS 68). El filósofo Martin Seel considera que la capacidad de asombro y admiración por la belleza de la naturaleza es esencial para cuidar las relaciones y habitar los diversos espacios, no con una actitud de dominio y subyugación sino de convivencia y cuidado. Nos lleva a tomar mayor conciencia de que «*la tierra nos precede*» (LS 67) y a valorar su larga historia en la cual evolucionó la vida en su gran variedad, así como los diversos ecosistemas y los finos equilibrios ecológicos en la tierra, nuestra casa común. En la comprensión de la fe cristiana, la tierra es parte de la creación de Dios y como tal es un don del amor de Dios (cf. LS 68), que Él nos ha confiado.

3. Resignificar los consejos evangélicos a la luz de una ecología integral y de una «*valiente revolución cultural*» (LS 114)

Es importante tener presente que la crisis ecológica es «*una manifestación externa de la crisis ética, cultural y espiritual de la modernidad*» (LS 119). Por ello, «*no podemos pretender sanar nuestra relación con la naturaleza y el ambiente sin sanar todas las relaciones básicas del ser humano*» (LS 119). La pandemia ha puesto de manifiesto que no es posible tener una vida sana en una tierra cada vez más enferma. La ecología integral demanda una «*valiente revolución cultural*» (LS 114), es decir, un cambio profundo de los modos de vivir, producir y consumir, de entender y practicar la economía, hacia un estilo de vida bio-amigable y sostenible. Para cuidar las relaciones de interdependencia e interacción en la casa común, hace falta la generación de una *cultura de lo suficiente* frente a un consumismo desenfrenado, una cultura que nos ayude a atrevernos a decir “¡basta, no necesito más!”, y nos impulse hacia una vida de feliz sobriedad (LS 225).

Dicha sobriedad nos recuerda lo que realmente da sentido a nuestra vida y le da mayor plenitud. Desde la vida religiosa estamos llamados, a contribuir de modo eficaz, a generar la necesaria transformación cultural para resguardar nuestra casa común. A la luz del evangelio



podemos entender esta grave crisis como un *kairós* que pide nuestra respuesta decidida y generosa en la fe. Eso implica la relectura de los consejos evangélicos a la luz de los signos de nuestro tiempo, ya identificados en *Laudato si*, y su resignificación al preguntar por su sentido profético en este momento histórico de amenazas sin precedentes para la casa común y todos sus habitantes. Resignificar es un acto creativo, impulsado por el «desborde del amor creativo del Espíritu» (papa Francisco) que nos lleva por caminos nuevos. Aquí sólo sugeriré algunos aspectos importantes.

La castidad consagrada

Este consejo evangélico nos motiva a amar a Dios con todo el corazón (Dt 6,5), lo cual está estrechamente unido con el amor a nuestros prójimos, sobre todo a las personas más pobres y vulnerables, así como con el amor a la tierra y su cuidado. Estamos llamados a estar atentos a las múltiples conexiones entre todas las criaturas y a habitar los espacios con el cuidado y la responsabilidad requerida, porque el amar está estrechamente vinculado con el cuidar. Nuestro amor a Dios pasa no sólo por el amor a nuestros prójimos, empezando con los más pobres y excluidos, sino también por el amor a nuestra tierra, teniendo presente que «*entre los pobres más abandonados y maltratados está nuestra oprimida y devastada tierra*» (LS 2), El consejo evangélico de la castidad consagrada nos recuerda la concepción relacional de la fe cristiana. Creemos en un Dios Trinidad que es amor y por ello relación, comunicación, donación de sí mismo y unidad en la diversidad. El Dios trino ha creado el mundo como una trama de relaciones (LS 240). De modo particular, los cristianos que son miembros de pueblos originarios mantienen viva la memoria de que el Dios Creador se ha revelado en la eco-historia.

Jesús dio testimonio en palabras y hechos de que Dios comunica su amor sin límites a todas las personas, creadas a su imagen, y a la creación entera, haciéndoles partícipes de su vida en plenitud. Se trata de un amor encarnado que vivimos y practicamos en nuestro cuerpo y con nuestro cuerpo. Para poder encontrar una salida de la grave crisis socio-ecológica y cultural es muy importante «entender nuestro cuerpo vinculado, en interacción continua» con la tierra, creación de Dios. Somos tierra (cf. Gen 2, 7: *adán* = ser humano, representando a toda la humanidad, y *adamah* = tierra). Nuestro propio cuerpo nos lo recuerda al estar «*constituido por los elementos del planeta*» (LS 2). Por ello, la fe cristiana es una fe que «*ama la tierra*» y nos compromete a ser cuidadores y cuidadoras de un mundo herido.

La obediencia consagrada

Ésta quiere disponer nuestro corazón a acoger la voluntad de Dios que se manifiesta en nuestra vida, por ejemplo, tanto en «el clamor de la tierra como el clamor de los pobres» (LS 49); es decir, en el clamor de tantas personas marginadas, descartadas y abandonadas a su suerte, así como en el clamor de una tierra cada vez más devastada y al borde del colapso ecológico. Es un clamor, entonces, que exige de nosotros tomar otro rumbo. Ello reclama que seamos personas empeñadas en retejer relaciones rotas y entretejer en nuestras relaciones con los demás los hilos de la solidaridad, la empatía y la compasión. Renovemos el sentido profundo de que en Dios todos somos hermanos y hermanas, miembros de una sola familia humana; sanemos nuestras relaciones



con la tierra y los diversos seres vivientes que la cohabitan. Eso es imprescindible en nuestra **«búsqueda apasionada de la voluntad de Dios»**.

El consejo evangélico de la obediencia consagrada nos compromete a ser dóciles al Espíritu, la *Ruah* divina, que con su soplo creador genera vida nueva y a menudo nos sorprende con algo nuevo e inesperado que ella hace surgir. Nos anima a ser cómplices de ella en su obra transformadora y cultivar en lo cotidiano una mística de cuidar el mundo y a nuestros hermanos y hermanas. Pero no lo hagamos solos y de modo aislado sino en comunidad, conscientes de que la *Ruah* sopla: donde quiere y nos mueve a entrar en alianza con otros actores en nuestra sociedad, para trabajar juntos por una casa común en la cual quepan todos y se viva en relaciones de interacción e interdependencia respetando y cuidando los equilibrios ecológicos en esta casa.

La *Ruah* nos impulsa a ser una Iglesia en salida a las periferias (EG 24), una Iglesia que acoja a las personas en su gran diversidad y en la cual todas puedan percibir que *«ya no son extranjeros o huéspedes, sino conciudadanos de los que forman el pueblo de Dios: son familia de Dios»* (Ef 2,19).

La pobreza consagrada

Dicho consejo evangélico nos llama a asumir nuestra condición humana y reconocernos como criaturas de Dios, necesitadas de tres relaciones fundamentales para poder realizarnos plenamente en nuestra humanidad: la relación «con Dios, con el prójimo, y con la tierra» (LS 66). Implica también aceptarnos como criaturas limitadas, vulnerables; no autosuficientes, sino interdependientes en relación con las demás personas y con la tierra (LS 66).

La pobreza consagrada nos inspira una postura crítica y profética ante un sistema económico que impulsa un consumismo descontrolado. Este requiere grandes industrias extractivas para obtener de la tierra ingentes cantidades de diversos recursos renovables y no-renovables, necesarios para la producción de múltiples artículos de consumo, La cadena de producción está causando impactos fuertes y duraderos en las regiones afectadas; lo último vale sobre todo para los países del Sur global, incluyendo Latinoamérica y el Caribe. El consejo evangélico de la pobreza consagrada nos recuerda que los bienes de la tierra son bienes comunes que hay que cuidar entre todos. Nos pide practicar y promover la justicia en sus diferentes dimensiones, es decir, social, ecológica, climática, intergeneracional y en la relación entre hombres y mujeres.

Una palabra conclusiva

En nuestras congregaciones, junto con nuestros miembros asociados y muchos otros aliados, compartimos la misión de contribuir significativamente a la gran transformación cultural. Nos reta a superar nuestras inercias y a salir de nuestras zonas de confort para explorar nuevos estilos de vida que implican el compromiso comunitario con el comercio justo y ecológicamente responsable. La encíclica *Laudato si* nos ofrece en el capítulo 6 sobre la *«educación y espiritualidad ecológica»* numerosos ejemplos de prácticas cotidianas para el cuidado mutuo y de nuestra casa común.

Se trata de prácticas que contribuyen a generar la *«valiente revolución cultural»* (LS 114), que tanto necesitamos en este tiempo para contrarrestar la crisis climática y evitar un colapso ecológico. Estas prácticas, motivadas por la fe cristiana, son la expresión de un amor que *«también es civil y político»* (LS 231). Estamos llamados a fortalecer, junto con muchos otros actores, una economía al servicio del bien común, ecoamigable, solidaria y circular, es decir: una economía sostenible desde un enfoque integral. No olvidemos que *«comprar es siempre un acto moral, y no sólo económico»* (LS 260). A través de nuestra participación en un comercio justo podemos ejercer presión política y social. Acojamos el llamado del papa Francisco a unirnos a la **“Plataforma de Acción**



Laudato si' para trabajar juntos por la sostenibilidad en el espíritu de la ecología integral y en la conciencia de que **«cuidar de nuestros hermanos y hermanas significa cuidar del hogar que compartimos»**

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EL COMPARTIR FRATERO

1. Destaca las reflexiones que te parezcan más significativas en esta relectura de los votos a la luz de Laudato si. ¿Añadirías alguna que no está mencionada?
2. Si estuvieras en una asamblea, ¿qué aspectos de esta reflexión consideras que habría que dialogar entre todas?
3. Discierne si tienes/tenemos que revisar algo de nuestra vida a la luz de las claves existenciales que propone la autora.



Preparación del XXII Capítulo General
Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor
